



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XI. De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.



PENSATIVO además iba don Quijote por su camino adelante considerando la mala burla que le habían hecho los encantadores volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba que remedio tendría para volverla á su ser primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas á Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenía á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza diciéndole: señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿qué descaecimiento es este? ¿estamos aquí ó en Francia? (1) Mas que se lleve Satanás á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale más la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y trasformaciones de la tierra.

Calla, Sancho, respondió don Quijote con voz no muy desmayada; calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la envidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora ¿cual es el corazón que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó don Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza: contra mí solo y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caído, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas antes son de besugo que de dama; y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestia-

(1) Frase con que se reprende á alguna persona alguna acción ó dicho importuno ó indecoroso.

les arcos que les sirven de cejas; y esas perlas quitálas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocáste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque también me turbó á mí su hermosura como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mío, mas que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algún gigante ó otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante le hermosura de la señora Dulcinea: ¿adonde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y misero caballero vencido? Parece que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes (1), buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que á mi padre. Quizá, Sancho, respondió don Quijote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, harémos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relación de lo que acerca desto les hubiere sucedido.

Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese artificio vendrémos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella á solo vuesa merced se encubre, la desgracia mas será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendrémos y lo pasarémos lo mejor que pudiéramos buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.

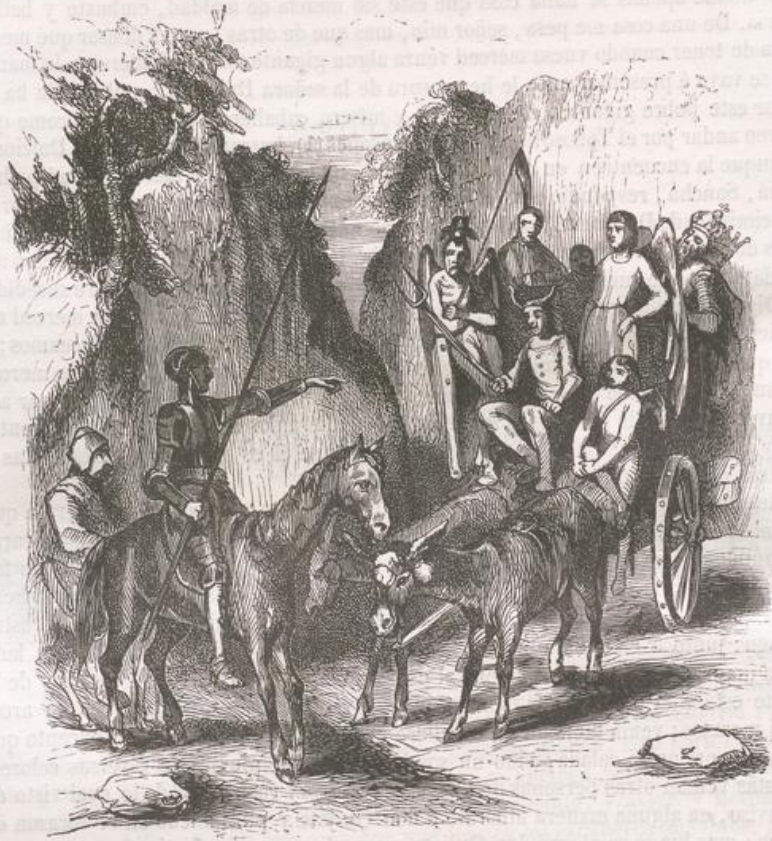
Responder quería don Quijote á Sancho Panza; pero estorbósele una carreta que salió al traves del camino cargada de los mas diversos y extraños personajes y figuras que pudieran imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de don Quijote fue la de la misma muerte con rostro humano: junto á ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona al parecer de oro en la cabeza; á los pies de la muerte estaba el dios que llaman Cupido sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venia también un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó á don Quijote y puso miedo en el corazón de Sancho; mas luego se alegró don Quijote creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quien eres, á do vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo (2); hemos hecho en un lugar que esta detrás de aquella loma esta mañana, que es la octava del Córpus, el auto de las Cortes de la muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos (3). Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel,

(1) A los que estan parados mirando alguna cosa con la boca abierta, los llamamos *bausanes* (*Covarr*); bien así, dice Quevedo, como rústico aldeano, que de improviso se le muestran cosas raras, y de él nunca vistas. — Arr.

(2) Autor, no solo de compañías, sino de comedias, natural de Toledo; llamado *mallo* por distinguirse de otro Angulo representante graciosísimo. — A.

(3) La representación de estos Autos, que son dramas alegóricos á los misterios de la religion, se hacia

aquella mujer, que es la del autor, va de reina, el otro de soldado, aquel de emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa vuesa merced desea saber

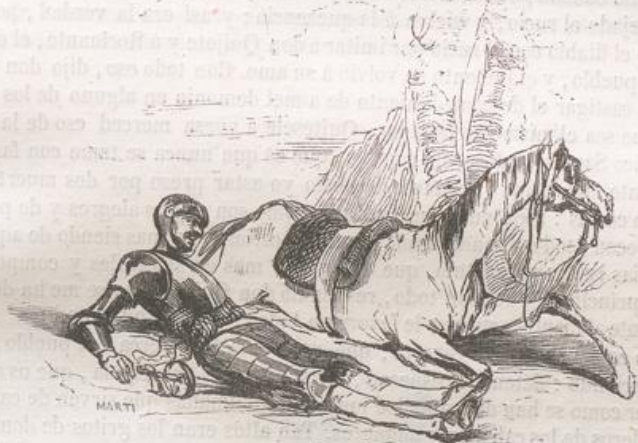


de nosotros; preguntémele, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante, respondió don Quijote, que así como vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofre-

precisamente para solemnizar la festividad del Corpus y su octava, y era tan general, que no solo se ejecutaba en los teatros, sino delante de los Consejos de su Magestad y aun del tribunal de la Inquisición. Iban los comediantes á estas representaciones en carros triunfales, de donde salían las figuras alegóricas al tablado que se levantaba al descubierto en las calles y plazas, y por eso se significaba esta representación con la espresion tecnicodramática de *hacer los carros*. En las *Noticias* que escribió Antonio Leon de Soto, platero de Madrid, de los sucesos de su tiempo, se dice: *En 6 de junio de 1615, día del Corpus, estuvo el duque de Lerma y sus hijos en casas de Fernando de Espejo, que las tenía de alquiler Diego de Cabalza (platero que fue el que los convidó), y comió en ellas, é hicieron los carros al duque primero que al consejo* (Biblioteca Nacional: m. s.). Como las cosas suelen cohonestarse con el velo de la piedad, entraban también los comediantes á representar los autos en las iglesias de los conventos de monjas, y como los acompañaban con entremeses, cantares y bailes, tal vez indecentes, dieron ocasion á algunos teólogos para reprimirlos. Fuera del P. Mariana en su tratado de *Spectaculis*, imprimió Filguera, Clérigo Menor, en 1678, viviendo todavía Calderon de la Barca, un dictamen, probando que era lícito *hacer los Autos sacramentales en las iglesias*. Otras de las ceremonias con que se solemnizaba la festividad del Corpus y su octava, era la Tarasca, los Gigantones y las Danzas, aunque todo era simbólico y significativo. Hablando don Francisco de Quevedo, en 1609, en su *España defendida* (m. s.) de las fiestas de España, dice que había en ellas *antiquísimas costumbres, como las danzas y mata-*

cia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fui aficionado á la carátula (1), y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula (2).

Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bogiganga (3) con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vejigas de vaca hinchadas, el cual moharracho (4) llegando á don Quijote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con mas lijereza que jamas prometieron los huesos de su notomia (5). Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio,



y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanas de

chines, y gigantones, y principalmente la que hoy llamamos Tarasca. Habla en efecto de ella Sexto Pompeyo, citado por el referido Quevedo, y dice: *Manducas effigies in pompa antiquorum inter ceteras ridiculas formidolosaeque ire solebat, magnis malis, ac late dehiscens, et ingentem dentibus sonitum faciens*. Que en español dice: « En las pompas y fiestas de los antiguos solia ir la figura del Tragon entre las demas ridiculas y espantosas, con grandes quijadas, con la boca desmesuradamente abierta, y haciendo grande ruido con los dientes. » Así iba la que se usaba todavia en nuestros tiempos; y por esto y con alusion á su voracidad se decia y dice: *echar quindas ó caperuzas á la tarasca*. Esta constaba de un serpente engullidor, y de la figura de una mujer, estrañoticamente ataviada y sentada sobre él, y en ella se entendia la meretriz de Babilonia sobre Levistan, esto es, el mundo, el infierno y la muerte reunidos por Jesus sacramentado que los llevaba delante como despojos de su triunfo. En los gigantones se figuraba el gigante Goliat degollado por David, y en ellos los pecados mortales destruidos por Cristo. — P.

(1) Una de las clases de compañía de representantes, que se conocian en tiempo de Cervantes, se llamaba *la carátula*, porque representaban con carátula ó mascarilla. — A.

(2) Esto es la profesion de los farsantes. *Farándula*, dice Rojas, en su *Viaje entretenido*, LIII, es vispera de compañía: traen mujeres, ocho ó diez comedias, dos arcas de hato: caminan en mulas de arrieros, y otras veces en carros: entran en buenos pueblos, hacen fiestas de Córpus á doscientos ducados. — Arr.

(3) *Disfraz* ridiculo de que usaban los farsantes en las comedias y autos en lo antiguo. *Mojiganga*.

(4) Lo mismo que *mamarracho*, que es como ahora se dice: y es el que se disfraz en tiempo de fiestas, segun Covarrubias. — Arr.

(5) Ahora se dice *Anatomia*.

Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido mas que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabia á cual de las dos necesidades acudiría primero; pero en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo mas con él el amor de su señor que el cariño de su jumento, puesto que cada vez que veía levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, era para él tárta-gos y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba don Quijote, harto mas maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante le dijo: señor, el diablo se me ha llevado al rucio. ¿Qué diablo? preguntó don Quijote. El de las vejigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó don Quijote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y oscuros calabozos del infierno. Sigueme, Sancho, que la carreta va despacio; y con las mulas dellas satisfaceré la pérdida del rucio. No hay para que hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho; vuesa merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve á la querencia; y así era la verdad, porque habiendo caido el diablo con el rucio por imitar á don Quijote y á Rocinante, el diablo se fué á pie al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dijo don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo emperador. Quitesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los mas en sus trajes y compostura parecen unos príncipes. Pues con todo, respondió don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano.

Y diciendo esto volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, é iba dando voces diciendo: deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender como se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el emperador, el diablo-carretero y el ángel, sin quedarse la reina, ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recibir á don Quijote en las puntas de sus guijarros. Don Quijote que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de que modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron, le dijo: asaz de locura sería intentar tal empresa: considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo (1) y tente bonete (2) no hay arma defensiva en el mundo si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar que es mas temeridad que valentia acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedado, muévale saber de cierto que entre todos los

(1) La piedra suelta ó guijarro. — D. A.

(2) Metáforica y vulgarmente se llamaban así las piedras ó cantos, como así mismo *tentebonetes* y *lágrimas de Moisen*. En la comedia *Selvajia* (fol. 15) dice el criado Carduel: ¡Ay! no nos envien por colacion algunas lágrimas de Moisen ó sopas de arroyo. — P.

que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante.

Ahora si, dijo don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto mas que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los días que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó don Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su escuadron volante, volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no menos suspension que la pasada.

